

NARRAR LA MEMORIA

Literatura, Independencia y Revolución

DAVID GARCÍA PÉREZ
(compilador)



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
MÉXICO, 2014

ÍNDICE

Prólogo: pasos por la literatura mexicana	
David García Pérez	5
Oficios infamantes y corrupción	
María Rosa Palazón Mayoral	25
¿Continuidad o ruptura? Lizardi en Taxco, 1810	
María Esther Guzmán Gutiérrez	51
Una hermenéutica de la decadencia y la ruina: El Catrín y La Catrina	
Norma Lojero Vega	75
Voces que transitan. Una aproximación a la bibliohemero- grafía sobre José Joaquín Fernández de Lizardi	
Alejandro Amaro Valencia y Ana Laura González Herrera	85
Las <i>Fábulas</i> de José Joaquín Fernández de Lizardi. Educación y crítica social	
Guillermo Cardona Onofre	101
<i>Noches tristes y día alegre</i> . Amor filial. ¿Elemento indispensable en la formación de la nación independiente?	
Martha N. Rosas Juárez	113

La celebración del aniversario de la Independencia en 1872: Juan de Dios Arias y José Rosas Moreno Lilian Álvarez Arellano	123
Un escritor olvidado de la Huasteca: Celestino Herrera Frimont Lourdes Franco Bagnouls	143
Los héroes del hogar: Manuel Gutiérrez Nájera y su lectura de la Independencia nacional Ana Laura Zavala Díaz	153
Narrar la memoria. La Revolución en <i>Recuerdos de un niño de pantalón largo</i> de César Garizurieta Raquel Mosqueda Rivera	171
Imagen y narrativa indigenista posrevolucionaria: Alfonso Fabila Montes de Oca Angélica Arreola Medina	181
Contacto en Francia: el Abate de Mendoza, traductor de las novelas revolucionarias de Azuela Jesús Gómez Morán	195

PRÓLOGO: PASOS POR LA LITERATURA MEXICANA

David García Pérez

Centro de Estudios Clásicos, IIFL, UNAM

Durante todo el año de 2010 en nuestro país se organizaron diversos foros de debate y reuniones académicas, entre otros eventos, a propósito del Bicentenario de la Independencia de México y del Centenario de la Revolución mexicana. Las publicaciones sobre estos hechos históricos se multiplicaron y salieron a la luz numerosos textos de creación literaria. El Instituto de Investigaciones Filológicas no fue ajeno a esa dinámica y en el marco de las Jornadas Filológicas de ese año se presentaron diversas mesas de trabajo en las que se abordó el tema histórico en cuestión y su representación en la literatura, y en rescates de documentos periodísticos. El resultado es el presente volumen en el que la historia y la literatura se entrelazan, ocultando, a veces, su rostro entre sí alternadamente.

El tejido entre literatura e historia resulta complejo debido a las relaciones existentes entre los temas y los motivos, por la naturaleza del escritor que refiere la historia y el historiador que busca un estilo para proyectar sus descubrimientos, y también por la tensión que se traza entre el autor y el receptor. El asunto no es nuevo. Basta con recordar la manera en que Tucídides marcaba distancia respecto de He-

rodoto al establecer las pautas de su método histórico (Tuc. I, 22 4), pues deseaba dejar en claro que él escribía hechos comprobables y con una serie de argumentos que sostenían lo expuesto, dejando de lado la parte mitológica que rodeaba los hechos históricos y que el historiador de Halicarnaso utilizaba para agradar a su público. Tucídides tiene razón en el punto en que considera las *Historias* como entretenidas, atractivas para un público más amplio e interesado en un buen relato. Si hemos traído a colación este punto de discusión entre los historiadores griegos de la antigüedad, es porque precisamente a partir de la cuestión planteada por Tucídides se tiene ya un modelo que se repetirá a lo largo de los siglos: historia y literatura, pero al mismo tiempo historia *versus* literatura. Y a partir de esta dialéctica podemos perfeccionar los vasos comunicantes estrechamente ligados entre ambos discursos. Al respecto, el caso mexicano es un excelente ejemplo.

En efecto, si se quiere establecer una génesis de la nación mexicana, se llegará al punto en el que literatura e historia están en el principio de ese *logos* fundacional. La pregunta se impone por principio de cuentas: ¿de dónde arranca la historia de la literatura mexicana? La noción del apellido que acompaña a toda literatura (griega, china, española, mexicana, etcétera) implica, sin duda, una circunscripción geográfica más o menos definida, pues la lengua y su representación literaria es lo que, en todo caso, traza una línea siempre en movimiento que, por su propia naturaleza, deja de lado las fronteras político-geográficas. Sin embargo, más problemático resulta comprender que la denominación lleva consigo un bagaje ideológico poco asible y con menos posibilidades de ser una unidad analítica. De este modo, el tratar de diferenciar una literatura mexicana de otra identificada como peruana, chilena o argentina es una clara señal de la ino-

perancia del análisis a partir de una premisa estrictamente geográfico-ideológica.¹

Durante el periodo independentista y en la época inmediata, sobresalieron dos figuras: José Joaquín Fernández de Lizardi e Ignacio Manuel Altamirano. Al primero de ellos se debe una de las más apasionadas defensas que sobre las ideas libertarias se hayan hecho en toda la historia de nuestro país. En sus periódicos *El Pensador Mexicano* (1812-1814), *Alacena de frioleras* (1815-1816), *Cajoncitos de la alacena* (1815-1816) y *Las sombras de Heráclito y Demócrito* (1815), se discutieron los problemas sociopolíticos que marcaron la transición de la Colonia a la República Mexicana. Autor prolífico, Fernández de Lizardi utilizó todos los registros posibles del lenguaje que transitan de lo culto a lo popular, por medio de las formas más diversas: crónica, fábula, diálogo, epístola, novela, etcétera. A este ilustrado se debe también la fundación del género novelístico en México y Latinoamérica: *El Periquillo Sarniento* (1816).

El caso particular de José Joaquín Fernández de Lizardi ejemplifica con claridad la interrelación de la búsqueda de las causas y consecuencias del hecho histórico concreto y su representación en textos de diverso género literario en el tránsito de la Colonia al México independiente. El papel de acucioso y agudo examinador de su sociedad que vertía en textos literarios y periodísticos hizo de *El Pensador Mexicano* un intelectual peculiar quien comprendió el momento histórico del nuevo país al que “unos deseaban abolirlo por medio de la violencia, otros conservarlo intacto, prologando con ello sus beneficios, y sólo unos cuantos, como Fernández de Lizardi, comprenderlo y corregirlo” (Palazón 1970: 16).

¹ Acerca de la cuestión del nacimiento de las literaturas nacionales, véase Guillén 1998: 299-335.

Al dejar constancia de situaciones históricas relevantes, este escritor ejercía con plenitud el quehacer literario, al punto de que se puede apreciar a lo largo de su obra una práctica de escritura en la que los temas y los motivos hallan su forma específica para transitar entre los lectores. La cualidad indicada por Palazón ajusta el tiempo del escritor con el espacio de su realidad histórica: el texto histórico y literario cumple con la función de los ilustrados de tener una utilidad pública.

Es este último aspecto el que anima también la labor de Palazón a lo largo de dilatados años al frente de la investigación, rescate y divulgación de la obra de El Pensador Mexicano. Tal hecho se demuestra en los diversos trabajos que aparecen en este volumen y que son apenas una muestra de la intensa labor de Palazón Mayoral y del grupo de trabajo que ha venido colaborando en este proyecto. Ejemplo de ello es el capítulo “Voces que transitan. Una aproximación a la bibliohemerografía sobre José Joaquín Fernández de Lizardi” (pp. 85-100), escrito por Alejandro Amaro Valencia y Ana Laura González Herrera, y que a manera de esbozo responde a las preguntas “¿qué hay de su obra después de su muerte?, ¿cómo es recibida?, ¿quiénes son sus comentaristas?, ¿qué imagen se tiene de él?, ¿cómo se configura ésta?” (pp. 85-86). Las respuestas apuntan a un examen de la recepción inmediata y de mediano plazo que tuvo la obra de Fernández de Lizardi. La exploración que se encuentra en este capítulo abre perspectivas para nuevos estudios sobre los modos en que se ha leído e interpretado a El Pensador Mexicano, pero, tal como los autores señalan, esa “será otra historia” (p. 98).

Por su parte, en “Oficios infamantes y corrupción” (pp. 25-49) María Rosa Palazón a partir de diversos escritos de Fernández de Lizardi explora y analiza el sentido del trabajo